

Marcia Losada
García

*Un ensayo
aproximativo al
silencio como unidad
comunicativa*

«Es imposible distinguir un sabio que calla de
un necio que no dice palabra».

La dépit amoureux

Molière

I) Breve preámbulo para entrar en el silencio

La facultad de pensar y la aptitud para recepcionar y emitir enunciados son dos de las características más señaladoras de la actividad cognitiva del *homo sapiens*.

De entre los múltiples lenguajes existentes, la comunicación humana es —hasta ahora— la más compleja, no sólo por el tipo de signo-código-portador sino también por el órgano receptor (el cerebro humano) que presenta una ductilidad compleja en la conversión de patrones reticulares-dimensionales en el nexo estímulo-respuesta, más que en ningún otro centro decodificador artificial o animal.

La relación lenguaje-pensamiento data de una polémica parangonable con la «cuestión homérica» y su hito es muy anterior, incluso, a la formulación psicolingüística Chomsky *vs* Piaget (innatismo-constructivismo).

Si vamos a hablar del silencio como lenguaje —es decir del silencio como señal— se impone la necesidad de revisar algunas de las posiciones más importantes teóricamente acerca de la relación *pensamiento-lenguaje* definiendo —claro está— desde cuál perspectiva vamos a asumirla, para poder analizar el silencio (enunciado silencioso) como unidad comunicativa al igual que el resto de los que poseen realización fónica, es decir —y haga-

mos un avance—, al silencio enfocado por su *representatividad* y sobre todo, por su *intencionalidad*.

El aprendizaje de palabras se adquiere según Halliday como consecuencia de un proceso por etapas de construcción activa y no de un proceso pasivo de asociación (Piaget). Pero, aún la escuela piagetiana que considera el desarrollo cognitivo en general y del lenguaje humano desde esta óptica, de alguna manera coinciden en que, en unión con la interacción dialéctica entre factores internos y externos, hay un basamento epigenético necesario —aceptado este por nosotros— como conquista de una corteza cerebral de evolución filo y ontogenética que nos aparta del núcleo de la teoría platónico-chomskiana.

Tanto los seguidores de Chomsky, como los de la Escuela de Ginebra consideran asimilar el engranaje del *pensamiento-lenguaje* humano como una actividad significativamente «representacional», en la que los procesos de conceptualización no se pueden comprender aisladamente sino relacionando las reflexiones en torno a la naturaleza del lenguaje, del significado y de la mente.

En este sentido los pronunciamientos de Jackendoff y Fodor resultan fundamentales.¹ Ambos autores, con sus respectivas variantes, postulan cómo las representaciones mentales son símbolos, como los del lenguaje, en el lenguaje del pensamiento.

Jackendoff distingue —con un esquema similar al de Chomsky— entre **I-concepts** y **E-concepts** y presenta la base in-nata como un conjunto de principios generativos-combinatorios, que determinarían a su vez un conjunto de conceptos léxicos a partir de una gramática innata de esos conceptos léxicos. Expone una teoría *composicional* que combina la experiencia lingüística y no lingüística para formar tanto conceptos léxicos como proposicionales.

Fodor, en cambio, hace énfasis en la importancia de la relación combinatoria. Los nexos entre las representaciones mentales, se establecen en razón de sus propiedades sintácticas o formales y no por su contenido semántico externamente definible: «el lenguaje del pensamiento se produce porque los estados

¹ Me refiero a los libros *Languages of the Mind, and Mental Representation*. Cambridge, Mass., Estados Unidos, 1992 de R. Jackendoff y *The Language of the Thought*, N. York, Estados Unidos, 1975, de Fodor.

mentales que tienen contenido, tienen también una estructura sintáctica que es apropiada al contenido que tienen».²

Entonces, cómo explicarse la relación formaciones cognitivas-realidad en la relación pensamiento-lenguaje, o cómo argumentar más exactamente el papel decisivo que desempeña la capacidad semiótica-representacional (transitividad-reflexividad) que hace del lenguaje humano el código semiótico por excelencia aprehender y modelar, taxonomizar la realidad, si todo se reduce a un esquema sintáctico inter-subjetivo. Cómo explicar ante la perfección sintáctica cuasi infalible de las computadoras, la carencia de *intencionalidad*, decisiva para juzgar el silencio como unidad pragmático-comunicativa y el lenguaje humano en general.

Jackendoff realmente insiste en la capacidad de aprendizaje, unida a una base formal innata para la adquisición de conceptos —en alguna medida esta posición lo acerca a Piaget y a sus seguidores— pero, las representaciones mentales internas de las representaciones conceptuales, que incluso llega a proponer en niveles las concibe, y este aspecto a su vez lo aproxima a Fodor, originadas por un mecanismo combinatorio *pero* de jerarquías sintácticas.

Una postura diferente en relación con el nexo pensamiento-lenguaje, ubicada ya en un terreno lógico-lingüístico más que filosófico-cognitivo, la aporta el acercamiento disciplinar desde una perspectiva enunciativa: un parámetro decisivo para analizar la relación pensamiento-lenguaje puede ser el contenido preposicional (Austin y Searle en su arista pragmática).

Así que cuando decimos generalmente que un acto de habla expresa un estado mental estamos sosteniendo que lo importante, en cuanto al análisis del nexo pensamiento-lenguaje, debe estar dirigido a saber cuál es (Searle, J. R) su *propiedad semántica* —resultado de la transitividad agregaríamos—, no sólo su condición de verdad, de acuerdo con los postulados de la lógica modal aristotélica en la relación con el vínculo signo-mundo. Siguiendo el corredor searleano proponemos indagar sobre su carácter tridimensional organizado *intencionalmente*, en función de una situación comunicativa *ad hoc*. Esto es analizar el signo

² Véase esta tesis en Fodor: *Psychosemantics: The Problem of Meaning on the Philosophy of Mind*, Cambridge, Mass., Estados Unidos, 1987.

en el momento de la producción del sentido en una situación comunicativa, teniendo en cuenta una estrategia de ilocución-perlocución.

Tres son los artículos fundamentales para formular la posición de Searle ante la relación pensamiento-lenguaje: «The Behavioral and Brain Sciences»... 1980, «The Rediscovery of the Mind» e «Intencionalidad. Un ensayo en la filosofía de la mente», Madrid, 1992.

Los postulados fundamentales pudieran sintetizarse en las reglas siguientes:

1. La intencionalidad del lenguaje humano (y en alguna medida, de los animales) es un rasgo causal de la conformación biológica del cerebro como propiedad intrínseca.
2. Cualquier «mecanismo» capaz de producir intencionalidad, debe poseer los mismos poderes causales que los del cerebro.

Si se opera con símbolos formales a nivel sintáctico, sin acceso al nivel semántico, no puede haber intencionalidad, ni se puede dar cuenta del carácter contextual del significado.³

El punto de vista empírico que sostiene el pilar filosófico de cómo los cerebros «orgánicos organizan» a *nivel neurobiológico* intencionalidad (crítica común a los postulados de Searle), pudiera sustentarse —en apretada síntesis dado el tema central de este artículo— teniendo en cuenta la evolución psicosocial del lenguaje en la conformación cognoscitiva del proceso referencial: la capacidad de *reflejar* la realidad a través de un *proceso complejo de conversión de patrones finitos reticulares y dimensionales* (al que hemos hecho referencia en los trabajos anteriores) de base neurobiológica *pero* consecuencia esta de un desarrollo filogenético y ontológico, así como la capacidad cognoscitiva tiene el basamento en su *carácter transitivo*, ya que en la eficacia de todo código descansa la capacidad de traducir un contenido a signos.

³ Se necesita tener en cuenta las características culturales de la realidad translingüística, como hemos apuntado, propias de la capacidad refleja superior y organizada a partir de formas de saber. El componente —combinatorio intrínseco a la naturaleza semiótica del código— ha de ser de marcada composición semántica (rasgos) que se asocian a partir de la percepción del sujeto desde su experiencia socio-histórica, imprescindibles para cumplir su tarea comunicativa principal.

La transitividad la reinterpretemos como la aptitud⁴ del sistema subyacente —garantizada por un conjunto de operaciones cognitivas del sujeto a través de una combinatoria de rasgos semánticos⁷, mediante la cual traduce las características culturales de la realidad translingüística, como hemos apuntado, por su nivel ontológico superior, organizada a partir de *formas de saber*.

Recordemos brevemente que la capacidad⁵ reflexiva en el discurso se manifiesta cuando este opera sobre sí mismo reorganizándose en esa gran cadena de referentes en un acto único donde el locutor se apropia de un sistema en función de una comunicación, para intercambiar con sus alocutarios.

Así el componente generativo-combinatorio intrínseco a la naturaleza semiótica del código —revisado y postulado por siglos de perspectivas lingüísticas— insistimos en que ha de ser de marcada composición semántica (rasgos) que se asocian a partir de la percepción del sujeto, con toda la impronta individual desde su experiencia socio-histórica, para cumplir con eficiencia una tarea comunicativa.

Searle postula la *prioridad* conceptual y causal del pensamiento sobre el habla y como consecuencia, la imposición por parte de la mente de *intencionalidad* sobre entidades que no son intencionales —(¿percepciones?! ¿ἔμῶς?!)— que hallan sus raíces en la estructura cerebral; sin embargo, aclara que representación y comunicación no establecen relación causa-consecuencia.

II) La locuacidad del silencio en la función poética: algunos ejemplos clásicos

Haciendo converger el tópico anterior y algo tan polémico como la relación intencional entre las conformaciones mentales y su representación ... pública no es de extrañar que constituyan un acápite decisivo a la hora de dar cuenta de aspectos psicolingüísticos en su relación ético-pragmática-emotiva y que la revisión de este aspecto como objeto de interés, desborde límites filosóficos y lingüísticos y se asuma por autores de diferentes géneros desde la antigüedad greco-latina.

⁴ M. Losada García: Discurso y dimensión referencial: el análisis semántico discursivo dimensional. Tesis Doctoral, septiembre 2003.

⁵ E. Benveniste: *Problemas de Lingüística General*, Dilo XXI, México, 1978.

En ellos encontramos sin demasiada dificultad reflexiones de carácter poético y filosófico, verdaderas ponderaciones reflexivas sobre la relación pensamiento-lenguaje y el uso del silencio con intencionalidad pragmática.

Aristóteles en *Sobre la interpretación* enuncia que las palabras habladas son símbolos o signos de las afecciones, o impresiones del alma; las palabras escritas son signos de las palabras habladas. El estagirita aclara cómo el lenguaje es diferente para las razas humanas, aunque los estados del alma, de los que las palabras son signos *inmediatos*, sean idénticos en todos como son idénticas las cosas de las que estos estados eran imágenes.

En textos no factuales interesó el anterior postulado aristotélico como *autoritas* del uso público comunicativo, con mayor exactitud psicagógico, de la relación pensamiento-lenguaje y que en la praxis guardaba – modernidad de los antiguos – una cierta distancia...ética. Por tanto, *el uso del silencio como unidad de sentido* fue objeto de interés en la obra de los creadores en sus funciones referencial, emotivo-poética y sobre todo revisado en su uso pragmático.

Algunos ejemplos tomados de la poética implícita ilustran sobre la posición filosófica de estos autores al respecto.

Ya desde Homero⁶ se rastrea en *La Iliada*, (el siglo VIII a.n.e.) toda una disquisición acerca de la palabra en su doble valencia de instrumento psicagógico y en cuanto a ser el soporte o no de la intencionalidad propositiva, en un canto definitorio para el tema de la obra en función de la clásica labor de formación de valores éticos. Homero enfatiza una clara diferencia entre Odiseo «que resulta tan odioso como las puertas del Hades», *por pensar una cosa y decir otra* (IX vv 308 y ss.) y elogia a Ajax, el silencioso, parco en palabras, y que sin embargo, cumple su objetivo comunicativo porque *ha dicho lo que piensa* (IX vv 645 y ss.); Homero llega incluso a referirse al silencio, como emisión no fónica de una actitud simuladora: «Odiseo se paraba silencioso, no meneaba el cetro, más bien parecía un iracundo o un estúpido» (III, vv 220 y ss.).

En *La Odisea*⁷ la facultad de ser comedido, de contener los instintos (echefron) y no desbordarse en una hybris accional y

⁶ Homero: *La Iliada*, Ed. Pueblo y Educación, La Habana, 1989.

⁷ Homero: *La Odisea*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1975.

verbal, lo acuña como rasgo de la inteligencia y condición necesaria de un héroe más cortesano.

También silencios los hay significativos: el de Odiseo al escuchar en silencio el canto de sus propias hazañas (VIII, 521 y 537) – silencio, por lo demás *manipulatorio*, para atraer la atención de Alcínoo, con el fin de propiciar su propia alabanza y reconocimiento (*anagnórisis*)– ; el silencio precavido de Penélope ante Ulises en el Canto (XXIII, vv 90 y ss.), al dudar de la presencia real del héroe tanto tiempo alejado del hogar. Silencio valorativo y afectivo éste, por ausencia de señal, que no apuntaba hacia una competencia, pero tan locuaz en su reclamo de signos verificativos que siglos después Tenysón aprovecharía «este espacio» para componerle un poema a dicha situación comunicativa. Como se ve el enunciado no fónico también puede incrustar Unidades Constantes de Sentido.

La palabra como vehículo o no del pensamiento y, por tanto, como herramienta elocuente, se traslada como tópico en la obra de los tres grandes trágicos. También el silencio en uso pragmático es utilizado por Esquilo, Sófocles y Eurípides «para hacer cosas», en este caso, «sin palabras».

Para Esquilo, el silencio fue uno de sus principales recursos dramáticos, utilizado siempre en función de concentrar la fuerza trágica de un personaje que, en escena, y por limitaciones de recursos teatrales, siempre era condicionado por un emisor indirecto previsto en el circuito comunicativo.

Todos recordamos el elocuente silencio de Casandra⁸ frente al palacio real de los Atridas mientras Agamenón era asesinado en el baño por su esposa, el cual confiere a la posterior «parte fónica» de su parlamento el mayor dramatismo.

La presencia en sus obras de la perlocución del silencio para el auditorio era tan marcada, que Aristófanes en *Ranas* decía que era la manera esquílea de ser gárrulo.

Yocasta, en Sófocles,⁹ después de haber pedido a Edipo que detuviera la búsqueda, porque había adivinado a medias la terrible verdad del rey que reía sin saberlo juez-hijo-marido-hermano de sus hijos y asesino de su padre, ella desde su posición de

⁸ En el *Agamenón*, por ejemplo, Casandra se mantiene callada desde mediados del segundo episodio, todo el tercer *stásimon* hasta el cuarto episodio.

⁹ Cfr. conversación entre Baco y Eurípides, en: Aristófanes: *Comedias*, p. 371, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1989.

mudo testigo de los interrogatorios, ante la negativa de Edipo, de detener las pesquisas se retira en un, también elocuente silencio admonitorio esta vez valorativo determinativo, en el que el *sentido* resulta indiscutible anunciador del suicidio, antes de que el criado lo verbalice en escena.

Eurípides, en plena apoteosis contextual del habla – fundamentalmente su producción abarca el período de la Segunda sofística – intenta trasladar la eficacia enunciativa del silencio, y, en sus obras, y en más de una ocasión le pide explícitamente al coro, como personaje colectivo, que guarde un silencio cómplice manipulador.¹⁰ Se lo pide y le explica el significado de su reclamo, pero al no estar pragmáticamente el *significado* insertado en la acción de la situación comunicativa del drama no logra el *sentido* – léase perlocución trágica – que alcanzara en la obra de Esquilo y de Sófocles.

Sin embargo, esta misma artificialidad del silencio, deriva en un recurso cómico en otros géneros como el de la comedia, al estar un personaje en escena en posición de destinatario indirecto no previsto en el circuito comunicativo para el resto de los personajes, puede causar risa en el público al acompañar la conversación oída u oculta, por una posible competencia contextual del auditorio de lo que ocurriría, sin que los interlocutores sospecharan la presencia del personaje. Este silencio, entonces, sí logra su objetivo comunicativo por su inserción pragmática y es uno de los recursos por excelencia de la comedia en todas las épocas.

Los anteriores ejemplos demuestran potenciados por su inserción en el contexto comunicativo, cómo una correcta decodificación del silencio va ligada a:

- a) una estrecha relación con el contexto comunicativo, *in situ* o evocado.
- b) con la competencia de recepción en relación de equivalencia necesaria con lo focalizado.
- c) La equivalencia a nivel cognitivo de las operaciones mentales dimensionales entre emisor y receptor y contexto para cumplir su objetivo.
- d) La correcta decodificación del silencio está estrechamente ligada con la perlocución que produzca en el pensamiento de

¹⁰ Sófocles: *Tragedias*, p. 284, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1980.

quien lo recibe y, por tanto, la relación pensamiento-lenguaje no es mayor o menor por el hecho de que se explique su significado o porque carezca o posea realización fónica.

- e) La Valoración en la función poética resulta entonces una unidad constante de sentido, de base por excelencia para insertar enunciados silenciosos con sus múltiples finalidades pragmáticas.

III) El enunciado silencioso en el terreno pragmático-discursivo

Resulta claro que a través de palabras rotulamos los procesos con que aprehendemos cognitivamente la realidad, formamos nuestros conceptos: el signo está presente en el proceso de consignación-reflexión enuncie fónicamente o no.

En los ejemplos anteriores el receptor decodifica cuando la proposición del *enunciado-silencio* «se cruza» con las proposiciones que conforman el contexto de las presuposiciones del oyente, «de algo previsible», (saber de posibilidad). Los hablantes sólo emitiríamos enunciados que exigieran un mínimo de esfuerzo de *inferencia*. Pudiéramos ahorrarnos cualquier «método fónico de representación, cualquier código socialmente señalizado», cuando con el mínimo esfuerzo de procesamiento no fónico se haría viable cualquier acto de comunicación, pero ¿qué sucedería entonces con la *diversidad transitiva* necesaria en las operaciones de referencia?

La semántica no es sustituible por la pragmática; lo sería claro - sólo en alguna medida. El mínimo esfuerzo de procesamiento es que la semántica del lenguaje natural depende en gran medida de una articulación entre el lenguaje y la realidad objetiva, aunque como bien constatan directamente los especialistas en una visión diacrónica del lenguaje puede permanecer constante el objeto focalizado y variar, sin embargo, su significado.

Para la Pragmática el signo es un proceso logrado en términos de eficacia, cuando la relación entre la intencionalidad del emisor y la perlocución en el receptor es decodificada como estrategia lograda.

Grice expone la naturaleza de cooperación entre emisor y receptor - que compartimos - ya que la voluntad de comunicarse siempre existe entre ambos en una sociedad lingüísticamente estructurada. Si no se enfoca este postulado desde un prisma

reductio ad absurdum, esta ley nos remite a la presencia de la función fática, emotiva connotativa y referencial, condiciones necesarias en el proceso de emisión, lo cual *no implica* que emisor y receptor tengan los mismos puntos de vista – las gamas de la modalidad semántica así lo demuestran – ante lo focalizado.

El diálogo como macroestrategia discursiva concatena sus enunciados por asociaciones más libres que otras formaciones funcionales estilísticas, si a este factor le adicionamos una diferencia de actitud intersubjetiva ante el objeto focalizado y rebuscamos en los elementos construccionales y del contexto de comunicación, se explicarían lingüísticamente «la falta de cooperación», que no es menos que una diferencia perceptiva ante el rema, en el circuito emisor-receptor.

Si tenemos en cuenta los tres incisos expuestos como condiciones básicas para decodificar el enunciado silencioso resulta «pragmáticamente obligatorio» responder a los postulados b y c, – equivalencia de tópico intelección de operaciones mentales – que colocarían nuestra perspectiva para caracterizar al enunciado silencioso en una vertiente cognitiva (generación de rasgos semánticos a partir de un sistema subyacente) y nivel discursivo (enunciado compuesto en su competencia pragmática en formantes autorganizativos emergentes de aprehensión-producción).

En el nivel cognitivo, emisor-receptor deben de compartir las siguientes operaciones mentales en organización dimensional, muestra de sus capacidades noético-semióticas para que se efectúe la comunicación:¹¹

- En la dimensión referencial: rasgos semánticos de *control, privación, apropiación, de la operación conjunción-disjunción, tiempo-espacio*. Estarían activables los saberes de *objetividad, posibilidad*, más el de ignorar de irrealidad con el matiz de certidumbre correspondiente. En cuanto a los rasgos constitutivos, la evocación ¿memorizada-prospectiva? En términos de ¿qué pasó?, ¿cuál es la última impresión de lo instruido, por la evocación de la afectividad o del que pasará – priorizarían los rasgos de cualidad, estado, tiempo-espacio.

¹¹ Por ejemplo, en el *Hipólito* después de una larga intervención coral (pp. 32-133), Fedra le pide que se mantenga en silencio y escuche.

- En la dimensión ilocutiva: los índices *ordenadores, singularizadores* tendrían como característica típica de este enunciado una menor fuerza ilocutiva (al menos en el basamento reticular que los de *afectivos e impresivos* de obligatoria presencia así mismo los *analíticos y prácticos*; de los índices pragmáticos en la dimensión ilocutiva: *aceptación, rechazo, legitimación, encubrimiento, resistencia, poder*; otros componentes dimensionales dependerían, al igual que en la referencial, de la especificidad de la remisión.
- En la dimensión modal: estarían activadas las posiciones valorativas que implican una recepción causa-consecuencia, ya sea ponderativa o que dentro de una ponderación se perciba una actitud calificativa. También las gamas correspondientes a la unidad constante de sentido de Lealtad.

En el enunciado como unidad mínima de la lingüística discursiva, en cuanto a emitir y recepcionar sentido se trata, queda plasmada la mayoría de los factores «paralingüísticos» e intralingüísticos que inciden en el proceso de significación. Como resultado porta los componentes necesarios para el procesamiento del texto que hacen posible el cumplimiento de la función comunicativa entre *emisor-receptor* «ya que es lo que aquel produce y lo que éste entiende».

Como unidad de sentido de la comunicación recoge por su carácter interactivo una gran variedad de combinatorias de sus formantes de los que, una vez expuestos, quedaría delimitar cuáles se potencian en el enunciado sin realización fónica (el silencio) en una situación comunicativa.

Los niveles del enunciado son niveles de sentido - véase esquema en el texto - que de una forma dinámica en el acto de comunicación toman diferentes combinatorias autorganizativas de comprensión.

Primer nivel de comprensión: En el caso del silencio en cuanto la organización fónica que sustenta lo conocido desconocido se estaría trabajando directamente en la percepción del *receptor* con el comentario en primera instancia y, consecuentemente el tópico podría resemantizarse o no. El circuito comunicativo se establecería instaurando primeramente la función fática, conativa y después (entiéndase este después en nanosegundos cognitivos) la referencial apoyándose en el lugar adecuado, enun-

ciador adecuado que compartiría saberes y emitidos-decodificados por elementos parafónicos para activar las funciones mentales antes aludidas.

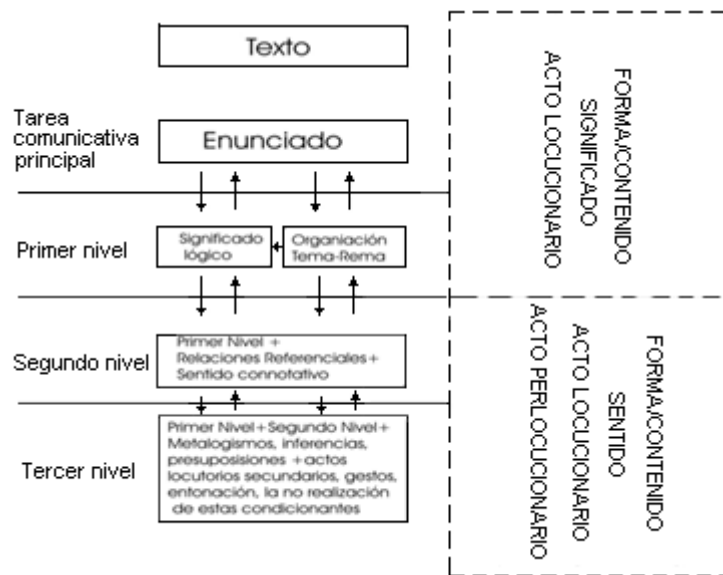
Segundo nivel de comprensión. Teniendo en cuenta las peculiaridades de esta unidad comunicativa silenciosa, el significado referencial se «tomaría» de una *experiencia previa, anterior*, y la remisión se realizaría a través de ella, trasladada a la recepción *ad hoc* o de un nuevo matiz prospectivo resemantizante, por ende manipulatorio. En detrimento de las marcas gramaticales del primer nivel entraría a desempeñar una función importantísima la ilocución en la transmisión de las marcas en orden no convencional convencionales, que, por supuesto, reforzarían el sentido.

Tercer nivel: En este nivel se descifrarían presuposiciones, inferencias, metalogismos, en general, actos locutorios secundarios, hasta inconscientes, que harían por ejemplo posibles, la decodificación *contraria* de todo lo que se insinúa. En el rango del significado este soportado por actos elocutivos y sobre todo, los rasgos referenciales ubicados en *el almacén de plazo largo sistema de memoria*. La perlocución resulta, por tanto, fundamental en este nivel. Así desde el punto de vista cognitivo modulante, el sujeto organizaría el núcleo perceptivo... Al igual que en el enunciado fónico pero con formantes más difusos.

En cuanto a su caracterización semántica desgajada en rasgos pudiéramos concluir:

- a) La evocación memorizada en términos de «qué pasó», cuál es la última comprensión de lo instruido, por afectividad o convención, priorizaría los rasgos de comportamiento, estado y cualidad.
- b) En la dimensión ilocutiva los índices ordenadores, singularizadores, se conformarían *después* de los afectivos e impresivos serían siempre de obligatoria presencia; así mismo los analíticos y pragmáticos. Otros componentes dimensionales dependerían, al igual que en la dimensión referencial, de la especificidad de la remisión. Se confirma en el enunciado silencioso la estrecha relación entre las dimensiones referencial y modal advertida por Caballero en su libro *Semiótica y Diccionario*.

- c) En la dimensión modal: estarían activadas las posiciones valorativas que impliquen una recepción causa-consecuencia ponderativa, o dentro de esa ponderación las que representen una actitud calificativa o manipuladora.



Para resumir, según el esquema Atkinson, Hermann y Westcourt (1974), de funcionamiento de la memoria, aplicado al enunciado silencioso, su principal soporte serían todos aquellos rasgos ponderativos afectivos saberes proyectivos o retrospectivos, ya que éste almacena «con un fondo creativo capaz de suscitar términos, experiencias más o menos borrosas, abundante en informaciones cognitivas que no conforman subespecies lingüísticas...»¹² sobre la cual «actuaría directamente» la intencionalidad searleana y hace que el silencio en este nivel del enunciado también adquiera sentido, que puede estar reforzado por una aptitud perlocutiva, que también forma parte del enunciado como una misma unidad extensional y el sujeto receptor *se represente* un código en su pensamiento sin que el lenguaje - entendido en emisión fónica de ese código - esté presente en el acto mismo de la comunicación.

¹² M. Losada García: Discurso y dimensión referencial: el análisis semántico-discursivo dimensional. Tesis Doctoral, septiembre de 2003.

IV) Una mirada sociológica al enunciado silencioso

El profesor Patrick Tacussel en su artículo «Las leyes de lo no dicho», expone sus puntos de vista para una sociología del silencio que pudiéramos resumir como sigue:

«La capacidad de nombrar [...] obedece a cierta voluntad de restringir una comunicación excesiva. La risa, las lágrimas y el silencio participan del mundo expresivo [...] y dan testimonio de la imposibilidad de que las palabras se acojan a la función socializadora que le reconocemos [...] risa y lágrimas (están) en el haber de la espontaneidad, mientras que la dimensión simbólica del silencio / [...] es obra de una estrategia más elaborada. El silencio es [...] más social que psicológico».¹³

Según la cita podemos deducir las siguientes propiedades de esta unidad de comunicación:

1. El silencio es una unidad de comunicación aunque carezca de componente fónico.
2. Puede expresar lo que es incapaz de recoger la palabra en una situación comunicativa determinada.
3. El silencio es obra también de una estrategia.
4. Se produce silencio tomando más en cuenta el factor social que interior.

De acuerdo con nuestros puntos de vista desarrollados más arriba, coincidimos con el autor en los postulados 1 y 3; acotamos el 2, un acertado Acto de Habla puede tener tanta fuerza expresiva como el silencio; ya hemos expuesto que con palabras rotulamos la realidad y con equis códigos-símbolos, el proceso del pensamiento.

Por supuesto, como también ya hemos esquematizado en la medida en que convertimos el silencio en enunciado, lo transformamos en una unidad de comunicación - punto 4 - y por tanto, con intención socializadora, colocado en un momento, lugar y receptor apropiados. El autor distingue cinco clases - precisaríamos cinco situaciones comunicativas - de silencio intencional. Cito:

1. «La cohesión no fónica o la apariencia de entendimiento. Permite medir la fuerza de una sensibilidad compartida,

¹³ Ángel López García: *Psicolinguística*, p. 85, Editorial Síntesis, España, 1991.

refuerza la unidad de grupo elemento de autoconfirmación [...]»¹⁴

Desde los ejemplos puestos en la antigüedad clásica sería el silencio del sobreentendido, es decir, los tres puntos suspensivos, el del gesto ilocutorio o no, de la remisión al tema por asociatividad, el de la competencia comunicativa consecuencia de un intercambio anterior pensamiento-lenguaje-realidad con un interlocutor.

2 El silencio de la resistencia [...] de protección, lo no dicho de cada individuo traza los límites [...] [...] en cuyo seno toda palabra aumenta valor en la circulación restringida de lo admisible».¹⁵

El autor hace referencia en el mismo acápite para ejemplificar, al artículo de Michel Maffesoli: «La mafia: notes sur la socialité de base», en *Chiers Internationaux de Sociologie*, Vol. LXXIII, París, 1982. Es decir, Tacussel habla del silencio de un grupo social sobre sus propias leyes, con ritos propios de acceso y clausura. El silencio como línea de demarcación de un saber compartido por un grupo o privativo de una persona, un NO PASE, QUE HAY ALGO PROHIBIDO PARA USTED.

Sería, si recordamos los ejemplos citados de los textos poéticos griegos, el «silencio de Yocasta» al indicarle a Edipo su ¡hasta aquí! en las pesquisas, pues de ahí en adelante se entraría en la zona de lo que no debe saberse por todos, de la trasgresión... y ya sabemos las consecuencias.

3. La fraternidad silenciosa de la comunión. Es una suspensión de la temporalidad de los asuntos mundanos requerida por la gestión de lo sagrado [...] (silencios que) siempre posean un aspecto cultural».¹⁶

Esta tercera situación comunicativa, sin embargo, pudiera subdividirse.

No es el mismo sentido del enunciado silencios-colectivo de cuando se porta un féretro que supone dolor, respeto, con los presentes en la acción o simplemente la convencionalidad situacional ya mencionada en el escenario, que el estado de *entusiasmós*, del asceta o del creyente que va a una iglesia en

¹⁴ Patrick Tacussel: «Las leyes de lo no dicho. Notas para una sociología del silencio», en *Revista de Occidente* (154): 67-68, marzo de 1994.

¹⁵ *Ibidem*, p. 68.

¹⁶ *Ídem*.

silencio, sin rezar en voz alta a «comunicarse» con Dios, o incluso el silencio impuesto a los catecúmenos de una orden religiosa para obligarlos a ser el único receptor en el circuito comunicativo de su relación cognoscitiva pensamiento-lenguaje interno-realidad.

4. El silencio de quien depende del saber de otros, es, sin embargo, el síntoma de la autorreflexión de un conocimiento lúcido del entorno corriendo el riesgo potencial que entraña el aparentar lo que no se es [...]. La aposiopesis del ignorante puede ser definida como un infortunio natural no voluntario [...].¹⁷

Sería la situación comunicativa lo que indicamos como *silencio manipulatorio*, pero a diferencia del ejemplo citado de Odiseo del Canto III, lo que se quiere ocultar es *la incompetencia*, acentuando la perlocución hacia el rema *del otro interlocutor* para que no se sepa hasta dónde llega el no saber. En este caso el emisor cuenta con una *no presencia de signos en el almacén memorístico*, o sencillamente cuenta con poder desvirtuar lo que el inconsciente emite como signos ilocutorios secundarios.

Sigue diciendo Tacussel:

«Bajo el signo del respeto y de la dignidad, volvemos a encontrarnos con los elementos de la segunda y de la tercera categorías. Tanto la resistencia activa del militante, como en la de las masas pasivas, el silencio es un indicio de un reflujo de cólera o de una indiferencia llena de desprecio».¹⁸

Como el mismo autor indica, este nuevo ejemplo es en definitiva una subdivisión de las situaciones comunicativas mencionadas. En nuestra opinión no de la convencional (tercera) sino más bien del silencio como resistencia, como un tipo de respuesta.

El autor continúa su artículo comentando, a su vez, las reflexiones de Jean Wahl: «Traité de metaphysique», Joseph Rassau: «Le silence comme introduction à la metaphysique», que tienden a centrarse en el punto tercero de situaciones comunicativas esotéricas, válido propósito para el autor, pero no exactamente enfocado hacia la psicolingüística o la pragmática.

Con su artículo el profesor Tacussel incita a una reflexión sobre el silencio como unidad comunicativa, sean las situaciones

¹⁷ *Ibidem*, p. 69.

¹⁸ *Ibidem*, p. 70.

delimitadas por él, perfeccionables en su demarcación, por lo que preferimos redimensionarlas con una caracterización semántico-discursiva.

El enunciado silencioso como hemos visto tiene variadas posibilidades de uso, herramientas fundamentales del lenguaje, sobre todo, en las funciones comunicativa, conativa-poética y emotiva.

Todo tratamiento de la información exige un previo procesamiento cognitivo: el enunciado silencioso, al igual que el fónico, se rige pragmáticamente hablando por la comprensión de *pertinencias proposicionales* (Sperber-Wilson) que condicionan las implicaturas. Las presuposiciones del enunciado silencioso deben observar los índices pragmáticos con mayor rigidez que el enunciado con emisión fónica a riesgo de no comunicación.

También de acuerdo con la teoría searleana en el enunciado silencioso la intencionalidad y la representatividad, tienen mayor incidencia los factores pragmático-contextuales que en el enunciado fónico, porque el éxito de su realización descansa en gran parte, también, en la aptitud perlocutiva del receptor, según nuestro esquema de formantes, el enunciado silencioso «trabaja» fundamentalmente con el segundo y el tercer nivel.

Para un análisis de la relación lenguaje-pensamiento desde una perspectiva pragmática pensamos que la teoría searleana -deudora de Austin y de Bretano- resulta decisiva, desde el momento en que erige como centro de su explicación la intencionalidad «soportada» por actantes *y constituye la unidad del habla más cercana a la lógica del pensamiento no así a su intencionalidad*. Pero la relación fijada por un contenido modular-combinatorio (Fodor-Jackendoff y por supuesto Chomsky) reduciría la conexión a un esquema demasiado inter-subjetivo, todo lo cual amerita una revisión necesaria desde el discurso hecha desde el innatismo piagetiano y el desarrollo paulatino, por delimitación de etapas de Halliday, fundamentada por el alto grado de complejidad antológica que abarca la perspectiva filosófica refleja, por tanto herramienta modeladora, a través de la operación de referencia efectuada en la relación sujeto-focalización, que es capaz de transformar (reflejar) durante el proceso en secuencias sintagmáticas y sígnicas los diferentes universos de saber.

Las perspectivas no marxistas sobre el lenguaje separan los procesos neurobiológicos de su *carácter transitivo* es este último - como hemos dicho - condición necesaria de un código.

Proponemos como conclusión y de acuerdo con el esquema de niveles de composición de un enunciado caracterizar el enunciado como unidad comunicativa silenciosa según los parámetros que mencionamos a continuación:

1. El enunciado silencioso es un enunciado de soporte *valorativo por excelencia en las combinatorias enunciativas posibles de las U.C.S.*, en el que el emisor-receptor debe por operación de anagnésis establecer las relaciones causa-consecuencia y que dicho enunciado para su realización necesita en su construcción cognitiva *las mismas operaciones mentales que el enunciado valorativo con emisión fónica*.
2. De acuerdo con la clasificación de modos de la pragmática es un discurso alocutivo que puede participar en las mismas funciones que, por ejemplo, un enunciado publicitario e incluso puede alcanzar mayor rango poético en situaciones comunicativas que prioricen dicha función.
3. El enunciado silencioso comienza a decodificarse en el segundo nivel y el significado lógico y la organización sistémica tema-remata *tema-remata se produce después, a la inversa*, que en enunciado con realización fónica. Esta inversión de niveles hace más difícil su uso en la función comunicativa diaria.
4. La reflexividad como operación cognitiva en el sujeto receptor del enunciado silencioso es la misma que cuando recibe un enunciado fónico; la transitividad «a recuperar» remite a un marco prefijado, que acentúa *el saber de posibilidad* como operación mental-cognitiva,¹⁹ más que en el *saber de realidad* asiento principal del enunciado fónico, lo cual restringe la posibilidad de asociaciones libres si quiere el receptor «incorporarse» al segmento comunicativo.

Más que el enunciado fónico como se ha señalado, el enunciado silencioso depende para su elocuencia, de las relaciones que se establecen entre los participantes del acto de comunicación, de la cooperación emisor-receptor y la manera con que el enunciado y los participantes en esa interacción «vehiculen»

¹⁹ Idem.

una situación de comunicación; por esta razón podemos considerar que habría - al menos teóricamente - una mayor actividad preconceptual del campo nocional de las veredicciones y la afectividad para recuperar la información subyacente del campo nocional de lo focalizado, para la transmisión de un sentido, posición perfectamente compatible con la perspectiva compleja del lenguaje, en la autoorganización de los campos nocionales.

La fuerza ilocutiva del enunciado silencioso no está restringida a la cadena fónica; tiene mayor posibilidad semiótica de realización a través de los diferentes tipos de códigos otros, como queda ejemplificado artísticamente en la actitud contemplativa de la Pietá de Miguel Ángel y en el silencio inmortal del Paolo de *La Divina Comedia*.